

LAS CRISIS Y EL MALTRATO COMO FACTORES DE RIESGO FAMILIAR

DR. C. CRISTOBAL MARTÍNEZ GÓMEZ

Todas las familias modernas sufren las tensiones y presiones de la sociedad. Sin embargo, algunas logran tener niños que confían en sí mismos y que son capaces de manejar con éxito un ambiente difícil. Los sociólogos opinan que vivir en un barrio donde abundan los delincuentes es un factor importante para desarrollar delincuencia en los niños. Sin embargo, hay familias que viven en esos vecindarios que no tienen hijos delincuentes y otras sí. El psicoanálisis explica estas diferencias diciendo que se trata de una deficiencia en el funcionamiento psíquico, que se manifiesta en el desarrollo de su “yo” o en los controles del súper “yo”. Nos parece más acertado, como plantea Virginia Satir, que es la interacción familiar la que influye de manera positiva o negativa en el comportamiento de los niños y que la familia es la variable crítica que interviene entre la sociedad y el individuo.

El sistema familiar es el principal contexto de aprendizaje para la conducta, los pensamientos y los sentimientos individuales. Cómo enseñan los padres a un niño es tan importante como qué le enseñan. La teoría familiar postula que las fuerzas exteriores son importantes porque afectan a los padres, si los padres están desilusionados uno del otro, se sienten molestos, confusos, vacíos y desesperanzados, cualquier tensión exterior tendrá un impacto mucho mayor. Si los cónyuges no integraron lo que aprendieron en sus propias familias les será difícil lograr

una interacción matrimonial que les permita dar mensajes claros y consistentes a sus hijos.

Crisis familiares

Quizá uno de los mayores descubrimientos de la década de los años sesenta del siglo xx fue la importancia de la indicación de los tratamientos familiares en el momento de crisis. El uso de fármacos y la hospitalización para calmar la atmósfera familiar se considera un obstáculo para que un tratamiento sea efectivo. Como plantea Haley, para cambiar una situación empobrecida y permitir el desarrollo individual de los miembros de la familia el terapeuta no debe yugular la crisis. Cuando los hospitales están involucrados en el proceso de estabilización, esto es mucho más difícil. Frecuentemente en las instituciones adoptan la terapia familiar no porque la consideren un tratamiento efectivo, sino porque ven que el modelo médico está siendo superado por los terapeutas de este campo. Intentan ponerse al día, porque sus bases los obligan a hacer hincapié en los trabajos comunitarios, en los que la aproximación familiar es más relevante que la terapia individual tradicional.

El concepto de crisis se ha tenido por muchas personas como algo negativo. En ciclo vital de la familia esta evoluciona por crisis, pero en sentido positivo, dándole a este concepto una connotación de momento decisivo o de una situación de peligro y oportunidad. Ahora bien, no podemos negar que hay también crisis que constituyen una amenaza para la familia y que representan un riesgo de que esta sufra, se desorganice, funcione mal, se destruya y se desmoralice. Describiré ahora las más importantes de estas crisis.

Crisis por desmembramiento

El desmembramiento se puede producir por varios eventos: *divorcio, abandono, muerte y migración.*

Divorcio

El divorcio es motivo de solicitud de ayuda en la práctica diaria, porque a las familias les preocupa las consecuencias

que esta crisis puede provocar en sus hijos. Es evidente que en dependencia del manejo que los padres le den a este evento así será el daño que recibirán los niños. La separación de los padres significa para los niños una pérdida de su base de seguridad, ya que ellos en el ámbito lógico concreto, como es su pensamiento, deducen que en la medida en que su familia esté unida es más fuerte, más protectora, más competente y por lo tanto la “ruptura” conlleva debilidad, incompetencia y ausencia de protección. Si además se une el hecho de que se le oculta a los niños, mediante engaño, lo que está sucediendo, entonces se agrava el daño. La orientación para estos casos se basa en que se debe explicar que, así como los padres se enamoraron y por eso se casaron, ahora ya no lo están y “descasan”, lo que no significa que estén “peleados”. Como plantea Virginia Satir, el niño se puede encontrar atrapado entre exigencias conflictivas, ya que cada progenitor lo ve como:

- Un aliado posible contra el otro cónyuge.
- Un mensajero posible a través del cual se comunican.
- Un posible apaciguador del otro.

Sí el niño toma partido por alguno de los padres, corre el riesgo de perder al otro, y como necesita a ambos es inevitable que sufra por tener que elegir.

Los padres que se están divorciando se preocupan a menudo acerca del efecto que el divorcio tendrá en sus hijos. Otros padres se preocupan principalmente por sus propios problemas, pero a la vez están conscientes de que son las personas más importantes en la vida de sus hijos. Se pueden sentir desconsolados o contentos por su divorcio, pero invariablemente los niños se sienten asustados y confundidos por la amenaza a su seguridad personal. Algunos padres se sienten tan heridos y abrumados por el divorcio que buscan la ayuda y el consuelo de sus hijos. Los hijos pueden no entender el divorcio, entonces los padres deben explicarles lo que está pasando y cuál será su suerte. Los niños con frecuencia creen que son la causa del conflicto entre sus padres; muchos asumen la responsabilidad de reconciliar a sus padres y se sacrifican a sí mismos.

Sin embargo, una familia fuerte puede ayudar a los niños a tratar de una manera constructiva la resolución del conflicto de sus padres. Los padres deben percatarse de las señales de estrés como la pérdida de interés por la escuela y por los amigos, trastornos del sueño, rebeldía, entre otras. Es importante que los niños sepan que su mamá y su papá seguirán siendo sus padres aunque ya no vivan juntos.

Abandono

Algo que crea dificultades muy serias son las crisis que sobrevienen cuando uno de los miembros de la familia nuclear la abandona por motivos diversos como, por ejemplo, traslado a otra ciudad por motivos de trabajo, desprendimiento afectivo por divorcio (generalmente son esos padres que cuando se divorcian de la madre dejan de atender a sus hijos). Este tipo de abandono genera un sentimiento de minusvalía muy difícil de resolver.

Muerte

La muerte de un familiar cercano, ya sea madre, padre, abuelos, tíos u otro, es un evento que constituye un factor de riesgo y que muchas veces es mal manejado por la familia. Lamentablemente la familia teme los efectos negativos que sobre los niños va a tener la noticia, sin valorar que es inevitable que lo conozcan más tarde. Es cierto que la muerte de un ser querido nos duele a todos, pero ocultarlo o posponer la noticia solo logra que además del dolor se sume la desconfianza que genera el engaño. Es necesario preparar a la familia para que esté consciente de que los niños pequeños no van a entender muy bien el concepto de muerte y, a veces, emitirán criterios acerca de que la persona muerta va a “vivir” de nuevo o va a “regresar”.

Se le debe explicar con un lenguaje adecuado a la edad del niño lo que es la muerte. Al choque y la confusión que sufre se le añade la falta de atención adecuada de otros familiares que lloran la pérdida. Es normal que durante un tiempo sientan una tristeza profunda o que crean que el ser querido continúa vivo, sin embargo, la negación a largo plazo a admitir que la muerte ocurrió o el evitar las manifestaciones de tristeza no es

saludable y puede resultar en problemas severos en el futuro. Como hecho anecdótico recuerdo que, en una ocasión que por decisión de la familia, como he tenido que hacer muchas veces, me tocó la dolorosa tarea de informar a una niña de siete años de la muerte de su madre, cuando le dije: ¿qué pasa cuando la mamá se muere? me respondió, mientras dos gruesas lágrimas corrían por sus mejillas en silencio “el cuerpo lo entierran, pero los sentimientos y el cariño se quedan aquí en mi corazón” y se colocó su manita en el pecho. Todos los presentes lloraron de emoción. Así pudo entender por qué su familia estaba triste y por qué no habían tenido el valor de informárselo.

Migración

La migración del campo a la ciudad, tan común en nuestros días, produce en la familia y en los niños en particular, efectos que es necesario tener en cuenta al valorar cualquier manifestación sintomática. Los cambios de vivienda, de costumbres, de escuela, de amigos, de modo y condiciones de vida, de recursos entre otros desestabilizan el funcionamiento familiar de forma substancial. Si estos cambios son de una provincia a otra son todavía más evidentes.

Imaginemos entonces lo que significa si a todo ello se le suma, cuando la migración es hacia otro país, cambio de idioma, de cultura, de tradiciones, de valores, de criterios éticos y morales. No hay dudas, como ha planteado Slusky en sus investigaciones de la comunidad latinoamericana en Los Ángeles, de que esto en sentido general crea un desajuste en el funcionamiento familiar. El mudarse a una comunidad nueva puede ser una de las experiencias que mayor estrés produzca en una familia. La mudanza interfiere con las amistades. A un niño nuevo en la escuela le puede parecer que los demás tienen su amigo preferido y se sienten postergados. A veces uno de los padres no está de acuerdo y los niños captan el conflicto. En ocasiones los niños dan muestras de tensión o depresión.

Los más sensibles a las mudanzas son los niños, ya que habitualmente no tienen la motivación o la necesidad que tienen los padres para hacerla, por lo tanto, es necesario establecer algunas medidas preventivas:

- Explicarle claramente a los niños porque es necesario mudarse.
- Familiarizarlo con el nuevo entorno.
- Resaltar las ventajas del nuevo lugar (parque de diversiones, áreas de recreación, paisajes bellos...)
- Si se trata de un niño mayor o adolescente debe posponerse la mudanza hasta el final del curso o dejarlo en el lugar de procedencia a alguien de la familia extensa hasta ese momento.

Crisis por incremento

Esta crisis se presenta cuando la familia se expande no por situaciones relacionadas con el ciclo vital (nacimiento de los hijos, matrimonio de estos o nacimiento de los hijos de estos) sino porque alguien que ya se había independizado de la familia regresa en un momento del ciclo familiar que no corresponde con el desarrollo y crecimiento normal de esta. Algunos ejemplos de esto son los hijos que se divorcian y vuelven con su correspondiente descendencia, viudos que vienen al hogar de origen con o sin hijos, matrimonios estables con sus hijos que regresan de una insatisfactoria migración, regreso del que abandonó a la familia, entre otros.

Crisis por desorganización

La familia necesita, para su buen funcionamiento, como todo sistema, tener una organización interna y esta se puede ver afectada por múltiples causas. Una enfermedad somática o psiquiátrica crónica en uno de los miembros puede, a veces, desorganizar la vida de la familia. El alcoholismo o la drogadicción trastornan, casi siempre, el buen funcionamiento. La jubilación o la invalidez de un miembro significativo provoca cambios negativos en la dinámica familiar. Un paciente terminal crea necesidades extras que causan un desajuste en la vida cotidiana de todos y, además, un desequilibrio afectivo importante. El suicidio o intento suicida de un miembro genera, en ocasiones, sentimientos de culpa que entorpecen las buenas

relaciones. Un bajo nivel cultural crea un ambiente de poco estímulo y de relaciones poco respetuosas que, en la mayoría de los casos, genera normas de convivencia inadecuadas. Las condiciones inadecuadas de la vivienda proporcionan el marco ideal para la desorganización. Una estructura familiar rígida o caótica, sin la cohesión necesaria o que tenga tanta cohesión que resulte “amalgamada” es susceptible de desorganizarse con facilidad. Otros aspectos a tener en cuenta son la “permeabilidad socio-familiar” y la “fuerza familiar”.

La influencia de las catástrofes, terremotos, inundaciones, incendios, ciclones, guerras, entre otros, en el funcionamiento de las familias es obvio.

Crisis por desmoralización

La familia como toda institución necesita de patrones de conducta regidos por valores éticos, morales, ideológicos, legales, entre otros. Cuando estos valores son violentados por miembros de la familia o por personas ajenas a esta se generan las crisis por desmoralización. Estas crisis pueden ser provocadas por la conducta antisocial de alguno o algunos de sus miembros o por estar uno de ellos en prisión. El abuso sexual perpetrado contra un familiar genera en el resto sentimientos de agresividad, culpa, impotencia y frustración, y si el victimario es un miembro de la propia familia, como sucede a menudo, entonces el conflicto es aún mayor. El maltrato psicológico o físico dirigido hacia las personas más indefensas (niños, mujeres y ancianos), desmoraliza de manera absoluta a la familia y genera una crisis, que de no ser intervenida terapéuticamente, redundará en consecuencias irreparables. La negligencia, como su propio nombre indica, es un factor de riesgo que lleva implícito el daño potencial al funcionamiento familiar y a la generación de crisis.

Crisis mixta

La crisis mixta es en la que se pueden detectar varios de los eventos que caracterizan las otras crisis, por lo cual se evaluarán

y se tratarán de acuerdo con la situación de estos casos y, por supuesto, usando entonces técnicas muy específicas.

Ahora debo hacer una mención especial a una cuestión que ha ido cobrando importancia y a la cual los terapeutas familiares le damos un peso notable en la génesis de dificultades en el desarrollo de la personalidad de todos los miembros de la familia. Me refiero a la violencia familiar y específicamente al maltrato infantil.

Violencia intrafamiliar

Se entiende por *violencia intrafamiliar* toda acción u omisión cometida por algún miembro de la familia, que viole el derecho al pleno desarrollo y bienestar de otro. La violencia familiar se dirige fundamentalmente hacia las mujeres, los niños y los ancianos. Paradójicamente el lugar donde ocurre la violencia es habitualmente el hogar.

Las consecuencias de la violencia familiar son la pérdida de dignidad, seguridad, confianza en sí mismo y en los demás. Además, pérdida de la capacidad de controlar el medio y de “rebelarse”. También disminuye el sentido de competencia y la autoestima. Las víctimas experimentan impotencia y desesperación al ver que los esfuerzos que se hacen son inútiles para controlar o salir de la violencia.

La violencia familiar aparece con más frecuencia de lo que imaginamos. En muchos casos la víctima silencia el hecho, en otros buscan ayuda, pero es evidente que es un asunto al que hay que prestarle atención ya que en ese marco se están gestando las nuevas generaciones.

El esfuerzo que implica sobrevivir cotidianamente, en todos los países, provoca una acumulación de tensiones, desde lo económico, lo familiar, lo laboral, que inciden en la calidad de las relaciones afectivas. Las pautas culturales van marcando, asimismo, formas de convivencia que suelen dañar a los integrantes de una pareja, de un grupo familiar. Los conflictos no resueltos a nivel personal van conformando una madeja de situaciones que generan violencia.

Un experto acotaba: “no hay tiempo para desahogar todas las tensiones que se acumulan porque la mujer trabaja todo el

día, los niños tienen a veces doble escolaridad (la normal más música o danza, entre otras) y el padre trabaja las 24 horas del día. No queda tiempo para hablar. Se ha perdido lo que es la estructura familiar, el diálogo, el poder comentar lo que pasa”. Otro apunta: “Tampoco es bueno lo que sucede en aquellas familias en las que abunda el ocio, donde la mujer no trabaja, ni el marido, ni los hijos estudian”.

Hay que hacer hincapié, sea cual sea el grupo social en cuestión, en la importancia de conocer qué es lo que está pasando, qué es lo que hay que modificar. Algún integrante de la familia tiene que poder decir “esto no me puede volver a suceder, necesito ayuda” o “esto yo no me lo merezco”; pero, desafortunadamente, no todas las madres saben cómo pedir ayuda y mucho menos los niños, generalmente hay silencio.

Habitualmente se trabaja con la demanda, que es la mujer golpeada o los niños, pero es de importancia estratégica trabajar con el golpeador, acercarnos a él. Evidentemente este, sea el padre o la madre, necesita ayuda terapéutica, aunque casi siempre no tiene conciencia de ello. Hablamos de la mujer golpeada, pero no nos ocupamos tanto del hombre golpeador. Últimamente se plantea por muchos estudiosos del tema ¿qué pasa con la mujer? ¿no agrede, no ejerce la violencia o alguna forma de violencia? Son preguntas abiertas.

Maltrato infantil

Se define el *maltrato infantil* como toda agresión producida al niño por sus padres, hermanos, familiares u otros con la intención de castigarlo o hacerle daño. Hay maltrato también cuando no se atienden las necesidades del niño: alimentación, salud, protección, afecto y cuidado. Entre las causas más comunes están ciertas características de los padres: Muchos de los padres que maltratan a sus hijos fueron niños maltratados o aprendieron en su familia que el castigo físico era un método de enseñanza. También hay características de los niños que están presentes como causa aparente: los niños inquietos, problemáticos, con conductas inadecuadas en sentido general como ocurre en el trastorno por déficit de atención e hiperactividad conocido como TDAH y retardo del desarrollo intelectual, entre otros.

Las situaciones medio ambientales pueden servir de catalizadoras a padres e hijos para que ocurra el maltrato. Se destacan entre estas los problemas económicos, dificultades en la pareja, desempleo, incultura, hacinamiento, vivienda inadecuada. La tendencia a buscar la causa en la víctima, cuando se culpa “científicamente” (mecanismos psicológicos sofisticados) o “popularmente” (ellos mismos se lo han buscado), no es aceptable.

Es evidente que de estos hechos se deriven secuelas en las distintas edades:

- Preescolar: patrones anormales de interacción social. Suelen evitar a las personas, responden de forma agresiva a sus acercamientos o son abusivos con otros niños.
- Escolar: baja autoestima, conducta retraída o agresiva. Desajustes conductuales o emocionales en la escuela. Menor rendimiento intelectual.
- Adolescente: internalizan estilos de reacción agresivos. Riesgo suicida.
- Adulto: conductas antisociales.

Maltrato físico

En casos extremos se pueden producir lesiones que causen la muerte: asfixia, hemorragias, fracturas de cráneo, ruptura de órganos vitales (corazón, pulmón, hígado entre otros). Las conductas más frecuentes del niño sometidos a maltratos son: temeroso de sus padres, desconfiado de los adultos, inquieto cuando otros niños lloran, dificultades en el rendimiento escolar, agresivo o distraído y ausente. Las lesiones más frecuentes son quemaduras de cigarrillos, agua o planchas, fracturas múltiples, heridas, moretones, rasguños y arañazos en el rostro.

Maltrato por descuido o negligencia

Ocurre este tipo de maltrato cuando los padres no velan por las necesidades del niño. Estos niños tienen accidentes como caídas, quemaduras, intoxicaciones, extravíos en la calle, atropellamiento por automóviles y desarrollan enfermedades que pueden prevenirse. Las conductas más frecuentes exhibi-

das por estos son: dice que nadie se preocupa por él, cansado, déficit de atención, se duerme, roba o mendiga, usa drogas o alcohol y abandono escolar para estar en la calle.

Abuso sexual

Cuando un adulto o adolescente usa su poder sobre un niño o niña para establecer una actividad de tipo sexual. Puede usar engaño, amenazas o fuerza física para convencerlo u obligarlo a participar. Las formas son: caricias, besos, manipulación, exhibicionismo, hasta la violación, la explotación sexual, prostitución y pornografía. Es necesario estar atento a las evidencias, pues este maltrato casi siempre está oculto, habitualmente son dificultades en la marcha y para sentarse, dolor y prurito en los genitales, infecciones urinarias, ropa interior sucia o deteriorada.

Las conductas observadas más frecuentes son: subrendimiento escolar, distractibilidad, aislamiento, baja autoestima, mentiras, robos, fugas, comportamiento sexual inadecuado (puede referir que ha sufrido agresión sexual).

Síndrome de Munchausen (maltrato por poder)

Se caracteriza porque el maltratador, generalmente la madre agrede a su hijo mediante otra persona (el médico), simula y describe síntomas y signos falsos o provocados, obligando a hospitalización, exploraciones y tratamientos innecesarios que a veces ponen en peligro la vida del niño.

Maltrato psicológico infantil

Todas esas disquisiciones teóricas son muy útiles y dan luz al problema y a su solución, pero de lo que si nadie tiene dudas es que los niños educados en este ambiente de violencia, sean o no golpeados, van a desarrollarse de manera anormal, lo que constituye un maltrato, sutil, inadvertido quizás, pero tan criminal como el maltrato físico, este tipo de maltrato es el psicológico.